

EL INMANENTISMO Y LA TEOLOGIA CONTEMPORANEA

POR

MIGUEL PORADOWSKI

SUMARIO: 1. No existe y no puede existir ninguna teología cristiana sin bases y respaldo de alguna filosofía.—2. No toda filosofía puede servir para este fin, y, por esta razón, el pensamiento cristiano, desde el primer siglo, está empeñado en la elaboración de su "filosofía cristiana", como instrumento del pensar teológico.—3. De vez en cuando, algunos teólogos abandonan este pensamiento cristiano, es decir, la *philosophia perennis*, y recurren a las filosofías de moda, entre las cuales hay también las que son inmanentistas.—4. Las teologías que recurren a las filosofías inmanentistas despersonalizan el concepto de Dios, lo que termina en las "teologías de la muerte de Dios". Además, en consecuencia, también despersonalizan el concepto del hombre, rebajándole al nivel del animal.

1. A pesar de que la fe cristiana compromete toda la personalidad del hombre, es decir, a su razón, a su voluntad y a su sentimiento, ante todo y primeramente compromete a su inteligencia, pues *ignoti nulla cupido*: el hombre no puede desear lo que no conoce, es decir, la voluntad y el sentimiento están condicionados por el conocimiento. Sólo a medida que el hombre llega a conocer mejor a Dios, también puede llegar a amarlo más profundamente y vivir mejor la fe.

La fe cristiana busca el entendimiento de los misterios revelados: *Fides quaerit intellectum* y, entonces, la fe llega a ser «razonable», no se opone a la razón, no la desprecia (como ocurre en muchas otras religiones), sino, al contrario, la aprecia, incluso la exige, pues la fe cristiana es el otro camino a la verdad. *Ego sum veritas* —dice Cristo de sí mismo—. Para el cristiano, buscar la verdad es buscar a Cristo, a Dios, y, al revés, buscar a Dios es buscar la verdad, y buscar

la verdad es tarea propia de la razón. De ahí que también *intellectus quaerit fidem*.

La teología cristiana tiene su origen en el mismo acto de la fe, pues ésta está caracterizada por la radical racionabilidad y tendencia a explicitarse en un «discurso». Además, este «discurso», a su vez, también se caracteriza por la racionabilidad científica y por las referencias al medio cultural, pues tiene que usar el lenguaje adecuado, para poder ser entendido. Se impone, pues, la necesaria mediación de la filosofía y, en consecuencia, la racionabilidad filosófica de la teología. El objeto propio de la teología cristiana es el Dios de la Revelación, y también su método tiene, necesariamente, que recurrir a la Revelación, es decir, debe estudiar lo revelado y a la luz de la Revelación.

2. Si es así, es evidente que no toda filosofía se presta como mediación en el discurso teológico, sino solamente las filosofías que están interesadas en la búsqueda de la verdad, pues la Verdad revelada es el objeto del estudio de la teología cristiana. Entendían esto muy bien los primeros teólogos cristianos, pues sabemos que no recurrían a cualquier filosofía, sino únicamente a los sistemas de pensar riguroso, elaborados en relación con la búsqueda de la verdad, como lo fue la escuela de Sócrates-Platón-Aristóteles.

Los primeros pensadores cristianos toman de este sistema socrático-platónico-aristotélico los elementos de pensar riguroso y metódico, elaborando la filosofía cristiana como *ancilla theologiae*. Cada generación de pensadores cristianos contribuye a enriquecer esta *Philosophía perennis*, pero el aporte de Santo Tomás de Aquino es tan extraordinario que le imprime, para siempre, un carácter decisivo.

Toda historia de la filosofía, honesta y objetiva, tiene que reconocer la extraordinaria contribución de los pensadores cristianos al desarrollo y profundización del filosofar, no solamente cristiano, sino también general, debido a esta estrecha vinculación existente entre la teología y la filosofía. A lo largo de los siglos se confirmó plenamente lo dicho por San Agustín, de que *Fides quaerit intellectum et intellectus quaerit fidem*. La fe cristiana, siendo radicalmente racional, siempre exige el esfuerzo intelectual del cristiano para ad-

herir, con toda su personalidad; a los misterios revelados, y, por otra parte, el intelecto del cristiano, teniendo hambre de la Verdad última y absoluta, de la Verdad que es el Dios mismo, busca la fe cristiana, pues sólo la Revelación puede profundizar, completar y aclarar lo que el hombre descubre por sus propias fuerzas.

3. Sin embargo, de vez en cuando, algunos teólogos cristianos, en vez de servirse de esta *philosophia perennis*, recurren a las filosofías de moda, es decir, a las de la época, sea porque honesta y sinceramente suponen que en ellas pueden encontrar los elementos adecuados para exponer y explicitar los misterios de los dogmas de la fe —de manera parecida a como los teólogos del pasado los encontraron en las filosofías precristianas greco-romanas—, sea por la convicción de que es indispensable hablar el lenguaje filosófico adecuado, para ser entendidos por sus contemporáneos, es decir, por motivos «pastorales», sea porque olvidan que no toda filosofía sirve para la teología. De esta manera —a pesar de las muy claras y pertinentes admoniciones por parte del Magisterio eclesiástico, especialmente al final del siglo XIX, como, por ejemplo, la encíclica *Aeterni Patris*, del Papa León XIII, y, en el siglo XX, las encíclicas *Pascendi*, del Papa Pío X; *Humani generis*, del Papa Pío XII, y muchas otras—, muchos teólogos recurren a las filosofías no cristianas de sus tiempos. El mal ejemplo salió de parte de los teólogos protestantes y, poco a poco, pasó al ambiente católico.

Siendo esencial la vinculación entre la teología y la filosofía, ésta, que se encuentra en la base de la teología, la condiciona e, incluso, a veces, la determina. De ahí la grave responsabilidad del teólogo respecto a la selección de las filosofías. Si recurre a las filosofías inmanentistas, su teología necesariamente resulta también inmanentista, es decir, deja de ser cristiana, pues niega la existencia del Dios trascendente. La gravísima crisis de la teología actual está provocada —al menos en parte— por la aceptación e incorporación en los estudios teológicos de las filosofías inmanentistas.

4. El inmanentismo, siempre latente en algunas corrientes filosóficas, se hace presente, de una manera evidente, en las filosofías

de Espinosa, Kant y Hegel, y, por consiguiente, también en todas las teologías que, más o menos, están vinculadas con estas filosofías. Especialmente el kantismo y el hegelismo, debido a su inmanentismo, no admiten ni la Revelación, ni la vida sobrenatural y, en consecuencia, se oponen al mismo concepto de la teología cristiana. De ahí la acertada opinión de Alberto Caturelli: «nada existe ni puede existir más contrario y enemigo de Cristo que el inmanentismo, tomando la expresión en su sentido más moderno, y tal como lo empleamos en filosofía, porque el inmanentismo no significa otra cosa que la expresión filosófica y sistemática, docta, del "espíritu del mundo". El Espíritu, ha dicho Hegel, es infinita inmanencia, sustancia infinita; en cuyo caso, todo es inmanente a sí mismo y no hay "espacio", por así decir, para un Dios trascendente y revelante y por eso será inútil tratar de conciliar inmanentismo y cristianismo. Por los mismos motivos, hay contradictoriedad entre inmanentismo y tradición cristiana; si se entiende por inmanencia el acto de quedar, permanecer *en*, es decir, de residir en un ser dentro del cual también tiene su término (como el Espíritu hegeliano, la realidad del positivismo, la materia en el marxismo), entonces se vuelve imposible la transmisión de una Tradición que tiene por fuente a Dios trascendente y cuya inteligencia depende del Espíritu de Dios actuando en la Iglesia. Debe, pues, tenerse bien presente que el inmanentismo es incompatible no solamente con la Revelación contenida en la Escritura, sino, por eso mismo, con la Tradición que le está estrechamente unida». (*La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, pág. 15.)

Sin embargo, hay teólogos que —contra toda evidencia de la radical oposición existente entre el inmanentismo y el cristianismo— siguen haciendo esfuerzos por introducir las filosofías inmanentistas en la teología cristiana. A medida que estos teólogos se sirven de las filosofías inmanentistas y sobre ellas construyen sus sistemas teológicos, se acentúa el proceso de la destrucción de la teología cristiana, es decir, que estas teologías dejan de ser cristianas o, mejor dicho, se cambia el mismo concepto y contenido del cristianismo, pues se lo desacraliza, seculariza y «mundaniza».

Siendo lo inmanente opuesto a lo trascendente, estos teólogos —para salvar las apariencias de que siguen fieles a lo trascendente

(sin el cual no hay cristianismo)— reformulan el concepto de lo trascendental de tal manera que pueda ser aceptable dentro de la posición inmanentista. Generalmente, en estos «ejercicios acrobáticos», se sirven del concepto kantiano de lo trascendente (el cual no deja de ser inmanente), engañando a los ingenuos y sembrando la confusión, pues usan el término «trascendental», pero no en el sentido aceptado por la *philosophia perennis*. Mientras que el kantismo se encuentra en la base de casi todas las teologías protestantes de secularización, que terminan con la «teología de la muerte de Dios», el hegelismo directa o indirectamente (en este último caso principalmente por intermedio del existencialismo heideggeriano) penetra en la teología de Karl Rahner y de sus seguidores.

A medida que alguna teología cristiana se sirve de la filosofía inmanentista, Dios, su objeto principal, como Ser Supremo y trascendente al sujeto cognoscente, deja de existir, convirtiéndose en un concepto inmanente del sujeto cognoscente. Viene la «muerte de Dios», es decir, la muerte de un concepto cristiano de Dios, único concepto aceptable para el Cristianismo como fe revelada. Para este caso, el ejemplo más ilustrativo, constituye el libro del obispo anglicano John A. T. Robinson: *Honest to God*.

No es este el caso de Nietzsche. Cuando él proclama la «muerte de Dios», es evidente que no se refiere a la «muerte» o desaparición de un concepto de Dios, sino que se refiere al Dios de la fe cristiana, al Dios vivo, real y existente, a Cristo, pues el odio que demuestra no sería posible en relación al puro concepto; sólo se justifica como odio de la Persona, de cuya existencia real no duda.

Actualmente el peligro más grave es la tentación de servirse para la teología cristiana de la filosofía hegeliana, pues esta filosofía es la fuente principal de la corrupción del pensamiento cristiano y de la teología cristiana. Del hegelismo salió la corruptora «ética de situación», la cual es sencillamente la negación de la ética como tal; del hegelismo salió la corriente de la teología de la «muerte de Dios», del hegelismo salió el nefasto evolucionismo inmanentista de Teilhard de Chardin; del hegelismo salieron las corrientes teológicas que despersonalizan el concepto de Dios y del hombre, y esta despersonalización es la causa inmediata no solamente de la «muerte de Dios»,

sino también de la «muerte del hombre» como ser trascendental, es decir, abierto a la vida sobrenatural, a la vida eterna en el seno de Dios Padre.

A estos «suicidios espirituales» —la expresión es del Papa Paulo VI (discurso del 12 de septiembre de 1970)— lleva a la humanidad la nefasta filosofía inmanentista, de la cual los principales representantes, que tienen influencia en la teología, son Kant y Hegel.

Es este inmanentismo corruptor, kantiano-hegeliano-heideggeriano, disfrazado con el nombre del «existencialismo trascendental», el que Karl Rahner introduce en la teología católica, exponiéndola al peligro del «suicidio espiritual».

Con dolor constatamos en nuestros días la plena actualidad y vigencia de las palabras del Papa San Pío X, cuando en la encíclica *Pascendi* escribe, refiriéndose a los teólogos inmanentistas, que «impregnados hasta la médula de los huesos de venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del Catolicismo, se jactan... como restauradores de la Iglesia».

El remedio contra este mal ya nos lo indicaron innumerables veces los Sumos Pontífices, en sus sabias encíclicas, insistiendo siempre en el respeto y fidelidad a la *philosophia perennis*, de la cual el más genial representante sigue siendo Santo Tomás de Aquino.

No es en las fuentes del inmanentismo, pues —que son las filosofías de Kant y de Hegel— donde deberíamos beber la sabiduría necesaria para seguir elaborando la teología, sino en la filosofía cristiana, dando en ella preferencia al pensamiento del Doctor Angélico, como nos enseña el Papa León XIII, en su encíclica *Aeterni Patris*, cuyo centenario celebramos.